

académico, cabe mencionar la obra de Antonio Alatorre, coetáneo y compañero de primeras letras de Juan José Arreola —otro ensayista redivivo—. Discípulo de Alfonso Reyes y Raimundo Lida, Alatorre está desde hace muchos años a cargo de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, editada por el Colegio de México. Es uno de los más finos conocedores de la literatura española del Siglo de Oro dentro y fuera del país y, con sus traducciones de Ovidio, Bataillon, Curtius, Machado de Assis y George Williams, entre otros, ha restituido al oficio de San Jerónimo la dignidad de una tarea intelectual de primer orden. Ha reconstituido los «Avatares barrocos del soneto», escrito con fecunda exactitud sobre Sor Juana Inés de la Cruz, pero como ensayista de aliento destaca la biografía que ha compuesto de nuestra lengua, *Los 1001 años de la lengua española*. Digo biografía para realzar la vivacidad sensitiva, la agilidad didáctica, el color y la gracia de una prosa que sabe encubrir en la llaneza de su expresión a una de las inteligencias naturales mejor dotadas y mejor formadas de la cultura mexicana contemporánea. No sobra decir que Alatorre es también autor de una copiosa labor ensayística parcamente cosechada que es de cualquier modo objeto de devota xerox.

Otro amante de las letras con carta de ciudadanía natural en la memoria del ensayo mexicano de fin de siglo es José Luis Martínez, acucioso urbanista de una ciudad literaria que, después de sus estudios, es más transitable y hospitalaria. A él se deben memoria crítica y ediciones rigurosas de poetas y escritores como Nezahualcōyotl, Ramón López Velarde, Agustín Yáñez y Alfonso Reyes, cuyas obras completas deben a su industria el haber culminado con la publicación del tomo XXVI consagrado al áulico Goethe. A Martínez se deben panoramas e historiografías de la literatura mexicana del XIX y del XX y casi podría decirse que quien los haya practicado conoce con decoro nuestras letras. Pero no conforme con destacar en la crítica literaria, José Luis Martínez ha obedecido el llamado de la historia —su otra profunda vocación— y a él debemos su inestimable biografía *Hernán Cortés*, sin duda el ensayo histórico que con mayor amplitud documental y más plástica prudencia se ha escrito sobre el asunto. Más literario y más poético, también con mayores ensanches hacia la filosofía y la psicología, es el ensayo escrito por Jaime García Terrés, poeta y editor, quien ha dado en *Reloj de Atenas* y *El teatro de los acontecimientos*, páginas sugerentes, escritas en un castellano nunca exento de precisión y donaire. A García Terrés también se debe un ensayo de calado profundo: *Poesía y alquimia. Los tres mundos de Gilberto Owen*, que reintrodujo con discreción el simbolismo tradicional y las estructuras antropológicas de lo imaginario en el examen de nuestra poesía. Poeta, traductor y ensayista al igual que García Terrés, Tomás Segovia ha reunido una

miscelánea, *Trilla de asuntos* —para decirlo con su título—, pero acaso su fisonomía argumentativa, la amplitud de registros de su discusión y su indeclinable pasión por la poesía como fuente de conocimientos se expresan con mayor integridad y limpidez en *Poética y profética*, ambiciosa obra donde Segovia sale al encuentro polémico de la lingüística y la semiología como rectoras del conocimiento literario. En otro registro pero también preocupado por los desafíos de la nueva teoría literaria, debe mencionarse a José Pascual Buxó y sus *Figuraciones del sentido*. Sergio Fernández, Ricardo Garibay y Bárbara Jacobs han ejercido también la crítica literaria y el ensayo creando discursos personales. Héctor Manjarrez ha reunido en *El camino de los sentimientos* un conjunto de ensayos nunca exentos de inteligencia y creatividad.

La literatura mexicana contemporánea no sería explicable sin la labor de los escritores congregados en torno a la *Revista Mexicana de Literatura* primero por Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo y luego por Juan García Ponce. Carballo supo en su momento acercarse a los escritores más relevantes de diversas generaciones y obtener de ellos entrevistas y conversaciones que luego han configurado un libro de referencia ineludible: *Protagonistas de la literatura mexicana*. A esa labor dialógica, Carballo ha añadido una tarea crítica y polémica donde se expresa su conocimiento del país. La *Revista Mexicana de Literatura* dirigida por Juan García Ponce congregó a los escritores reunidos en torno a una generación (la de los nacidos en 1932) y a un centro cultural, La Casa del Lago. Cabe mencionar esa revista ya que, al igual que *Contemporáneos*, permitió la manifestación de un *ethos*, de un estilo de vida y acción cultural fundado en y marcado por la vocación artística e intelectual como valor originario. Sobra decir que este proyecto cultural que se definía en términos críticos en relación con la cultura nacional instituida dio por resultado un conjunto de itinerarios intelectuales donde el ensayo y la crítica literaria encontraron espontáneamente desarrollo. Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Jorge Ibarguengoitia, José de la Colina, Emilio García Riera y Juan Vicente Melo no sólo practicaron el ensayo literario; se manifestaron en la crítica de las artes plásticas, del cine, supieron fraguar formas ensayísticas donde la imaginación y la crítica formularon un pacto de recíproca necesidad. A través de ensayos amplios y comprensivos, escritos en un estilo llano pero no exento de circunvoluciones y tramas cíclicas, García Ponce ha promovido la discusión y el conocimiento de escritores, en particular de lengua alemana, como Thomas Mann, Robert Musil, Heimito von Doderer, Elías Canetti, sin olvidar a los de expresión inglesa (Henry Miller y Vladimir Nabokov), francesa (Pierre Klossowski), italiana (Cesare Pavese) y por supuesto hispánica (Borges, Paz, José Bianco). Esa tarea de crea-

dor de un espejo crítico para su narrativa, García Ponce la ha desdoblado a través de un ejercicio constante de la mirada sobre el arte, en particular la pintura, a la que ha dedicado también libros y ensayos. Las de Felguez, Rojo, Gerszo, Carrillo, Tamayo, Cuevas, han sido algunas de las obras tocadas por su mirada.

Más centrado en la poesía, en la interrogación de la conciencia y del oficio literario, en la evocación personal de la propia paideia íntima, Salvador Elizondo ha dado nueva vida al género a través de títulos como *Cámara lúcida*, *Teoría del infierno*, *Elsinore*, escritos en una prosa donde la herencia de Borges y la melancolía magnética de los ensayistas ingleses clásicos (De Quincey, Johnson, Lamb) se funden en páginas impregnadas de inteligencia y sensitiva percepción. Poetas como Ezra Pound y Paul Valéry han encontrado en México un público nuevo gracias a los ensayos y traducciones de Elizondo. Otro gran lector de letras forasteras es Sergio Pitol, traductor del ruso y del polaco, lector de Chejov, Gogol, Gombrowicz, Pilniak, y autor de ensayos como los recogidos en *Casa de la tribu*, donde la experiencia literaria se eleva a una segunda potencia y la lectura, escrita, se ennoblece a través de la reconstrucción, desde el interior, de los procesos de la creación literaria. Más atento a la ciudad que a la ciudad de los libros, Jorge Ibargüengoitia es autor de una obra ensayística que si bien no editó en libro durante su vida, no por ello ha dejado de tener ascendiente y peso en la sensibilidad literaria mexicana actual. *Viajes en la América ignota* e *Instrucciones para vivir en México* dan un espejo de aumento, fraguado con pluma satírica y a veces sarcástica e imaginación devastadora, de un México desgarrado por las contradicciones sociales y culturales. A la afanosa elaboración de verdades edificantes o de conversaciones solipsistas o consoladoras, Ibargüengoitia replica con des-montajes contundentes e hilarantes guiados por el no tan sencillo método de colmar con imaginación trágica y prosa amena el hiato existente entre el país de papel y el país escrito. Swift mexicano, precursor de la prosa crítica, humorística y ligera que será una de las señas de identidad del ensayo mexicano más joven —como en Guillermo Sheridan o en Luis Miguel Aguilar—, Ibargüengoitia ha sido objeto de una biografía, *Los Pasos de Jorge*, escrita con fluidez por Vicente Leñero. Guillermo Sheridan, Luis Miguel Aguilar, José Joaquín Blanco, Ángeles Mastretta y Jorge F. Hernández son algunas de las voces en quienes se reconocen ecos del prosista guanajuatense. De ellos, el más agudo y versátil es, a nuestro parecer, Sheridan, autor de hilarantes crónicas reunidas en libros como *Frontera norte* y *Cartas de Copilco*. Pero Sheridan no sólo es un virtuoso de la comedia en prosa y de la prosodia ágil. Ha producido también estudios estimables de historia literaria como *Contemporáneos ayer* —suerte de biografía literaria